

EL ARBOL CAIDO

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Muchos lectores habrán visto hace unos días, tal como lo vio el cronista, el árbol caído de la Plaza San Martín. Estaba al borde de la acera, desplomado, y dos obreros municipales se preparaban para proceder a la ultimación de esta víctima del descuido municipal. "Estaba enfermo", dijo uno de los operarios. "La gente los maltrata", añadió el otro. Un perro vagabundo husmeó el tronco derribado y siguió su camino, con el aire de quien dice para sí que ha perdido un grato bien. La ejecución se llevó a cabo en poco tiempo. En un camión se llevaron los despojos del muerto. "¿Pondrán otro?", preguntó el periodista. Uno de los trabajadores alzó los hombros escéptico. El otro dijo: "Seguramente...". Ya lo han reemplazado.

¡Cuánto se ha escrito acerca de la necesidad de que las municipalidades fomenten la arborización de Lima, ayer un vergel, casi una "ciudad-jardín", y hoy un nudo de encrucijadas del tránsito, un abigarrado y denso racimo de construcciones de cemento y viejos solares inestables, un ahogado colmenar de humos, detritus, polvo y vapores! Los arbolitos de la Plaza San Martín, los congéneres del desaparecido hace unos días, o sea, los que están al borde de la acera sobre la cual se halla el paradero de los colectivos, padecen de una sed terrible. Basta ver el círculo de tierra desde donde brotan sus tallos. Si bien el césped de la plaza misma parece merecer atención (pese a que ahora anda un tanto descaecido) de los jardineros de la comuna, las plantas de las márgenes del rectángulo son una suerte de humilladas y ofendidas, pues no hay huella de celo en cuanto a su cuidado. Es lógico que se sequen y que sean presas de los insectos y los parásitos. Su raquitismo es toda una acusación contra la dependencia municipal que tiene como misión conservar y multiplicar los parques y los jardines de la ciudad.

Hace un tiempo hubo un verdadero escándalo en torno al tratamiento que se aplicó, en varios puntos de Lima, a los ficus, a los nobles ficus que adornan y dan sombra a esta capital. Tanto fue el escándalo —agravado por la "razzia" de que fueron víctimas algunos añosos e ilustres de Miraflores— que la comuna reaccionó y puso punto final al arboricidio. Junto con este acto de recapacitación se hicieron promesas de enmienda e, inclusive, se enunció una nueva política al respecto. El árbol caído de la Plaza San Martín, es, pues, una advertencia de que lo que se dijo no se cumplió y, también, de que aún se está a tiempo de hacer realidad tantas declaraciones solemnes pero transitorias. Mala costumbre la de nuestras autoridades de lanzar una aparatosa campaña en torno a un hecho y luego, tras tanto ruido, no mover ni un dedo. Por ejemplo, y a propósito, ¿qué es, si no una de esas alharacas, la tinta empleada en anunciar un bosque del cual ya se olvidó hasta su supuesto promotor?

Que el árbol caído de la Plaza San Martín, caído en el centro del escenario urbano, en el corazón mismo de la ciudad, sirva para algo muy simple. Para que el inspector del ramo ordene dar de beber a la sedienta vegetación de la ciudad e impida que sucumba progresivamente, ante la vista y paciencia de todos, hasta dejar a Lima convertida en un desierto de hormigón y tierra. Es decir, en un lugar inhabitable.